

si acaso yo necesitara luz, pues aquellas bayas oleaginosas, arden muy bien. Por remate de estos pertrechos entregóme un cuchillo por si tuviese que defenderme de algún animal montés. De los dos relojes que poseía di uno á Ester y dos cortaplumas, uno para ella, otro para Mariquita, como así mismo, los tres chaquetones de mis finados amigos. Descosiéndolos y fumigándolos, podrían servirla para arreglarse alguna pieza ya que por falta de ropa tenía que vestirse con hojas de palmito. Agradecióme mucho ese regalo que la preservaría de los fríos del próximo invierno. Despedíme, reiterando mi juramento de volver lo más pronto que me fuera posible á favorecerla: ella me estrechó la mano recomendándome no la olvidase. Abracé á la pequeña, y dando á la **Jefa**, no sin emoción, mi último adiós, me lancé á la llanura. Era cerca de media noche y en el palenque reinaba el silencio cuando emprendí la marcha. Elevé la mirada al cielo para orientarme y encaminé mi derrotero al Este. El terreno era llano, por lo cual, apesar del menguante, podíase recorrer á prisa. Así lo efectué, pues todo mi conato estribaba en alejarme de los salvajes. Al rayar el día continuaba mi viaje, pero al despuntar el sol, eché una investigadora rápida mirada en torno mío, y observé que la extensa llanura que en todas direcciones se prolongaba, exhibía gran número de árboles, arbustos y chaparrales diseminados acá y allá. Siempre temeroso de algún encuentro con canibales, escondí mis provisiones bajo unos matos trepando enseguida á un alto y copudo cedro que allí mismo arraigaba, agazapándome en su frondosa copa cuyo follaje me ocultó por completo. Sénteme en una gruesa rama y examiné con cuidado si podría vérseme de abajo. Cerciorado de la seguridad de mi escondite, pues para poder ver algo yo tenía que entreabrir las ramas, desateme la faja que rodeaba mi cintura: até un extremo á una rama más alta mientras el otro lo amarré á un brazo, quedando así sujeto, por si cualquier inconsciente movimiento diera con mi cuerpo en tierra; recosteme entre los gajos y me entregué al sueño. Al despertar consulté mi reloj entendiendo que, de un tirón, había dormido seis horas. Según noticias fidedignas nuestros antiquísimos progenitores no usaban otro lecho. Por mi parte, hija mía, te aseguro que ni en mullido colchón de blanda pluma hubiera dormido mejor. Entreabrí el ramaje de mi nido para observar el llano y como quiera que no se columbraba un sér viviente, ni á larga distancia, bajé del árbol para comer algo. Mi saco brindóme buen almuerzo, que acepté con bastante apetito, tomando por remate unos sorbos del agua cristalina que

contenía mi calabazo. Volví á esconder mis vituallas bajo el matorral, trepando nuevamente al improvisado domicilio. Ya en él, mudándome de rama en rama pude contemplar la agreste belleza del paisaje; pero ¡Dios mío! me decía ¿toda esta grandiosa Flora ha sido creada para habitación del salvaje, que no sabe apreciar ninguna de las maravillosas obras de la Naturaleza? Aquí, árboles seculares cargados de magníficas parásitas; allá un bosquecillo de arbustos en flor inunda de perfumes el ambiente. Los plátanos se doblan al peso de dorados racimos: la enhiesta palma agita cadenciosa sus verdes plumas que prestan aire y sombra á los sabrosos cocos, dátiles y pejívalles: acullá vense saltar pequeños torrentes que descienden rápidos, formando al chocar con algún saliente de la peña bonitos juegos de agua, lindísimas cascadas que hermocean el paisaje.

Revelan por doquiera aves de vistosa pluma y el pequeño, gracioso colibrí, de metálicos reflejos, hunde su largo pico en la corola de las flores. Los cuadrumanos prendidos de sus largas colas se balanceaban en las altas ramas, mientras la incansable ardilla brinca y salta de uno a otro árbol, sin darse punto de reposo. ¿Y toda esa belleza fue creada para propiedad del hombre-bestia? ¡Ah, no! Eso no es posible. El hombre salvaje no es el Rey de la Naturaleza—como se le apellida—él es una nota discordante que destruye el armónico conjunto de la Creación. Al hombre civilizado le pertenece el cetro; no á la bestia que sólo piensa en comer y dormir, y si le aprieta el hambre se engulle á su vieja mujer y hasta algunos de sus hijos ¡Qué horror! ¡A ese monstruo le llamáis rey de la Creación! ¡Bah! civilizadlo primero: es muy capaz para instruirse: después bien podéis darle el calificativo de Rey de la Naturaleza; porque adquirió dotes y aptitudes para merecerlo. ¡Oh, la educación! ¡Grande y eficaz bautismo del hombre! ¿Por qué, todos esos reyes, que gastan millones en sostener cuarteles y escuadras de guerra para destruirse entre sí á la primera ocasión, no emplean esos caudales en llevar la potente luz de la educación allí donde falta? ¡Ah! Es que no basta ser civilizado superficialmente, para ser bueno; es que para serlo, es preciso que la Moral legítima, no la utilitaria, arraigue en la conciencia del individuo. Si tal sucediera, los potentados en masa, implantarían por todas partes la educación, tan indispensable al hombre como lo es el pan de cada día. . . .

¡Guerra á la ignorancia, no al hombre! En esos saludables pensamientos y otros parecidos me pasaba los días, mientras por las noches continuaba mi derrotero, siempre al

Este. Por mis estudios geográficos, sabía que en el centro del Brasil hay muchas tribus salvajes, sin faltar algunas antropófagas; por manera que, siempre temeroso, de día no daba un paso. Seguía hasta la hora del crepúsculo matutino, caminando, y de ése al vespertino, escondido entre la copa de algún árbol frondoso. Cuando más adelantaba, mayor era mi temor; por cuanto, no viendo ni resquicio de pueblos civilizados, sospechaba caer de manos á boca en algún rancho de caníbales. Llegué á sentir un miedo cerval, y no te cause risa esa situación de mi espíritu: nunca fuí cobarde; ahora si perdía el valor, era porque la escena de la Oceanía se me presentaba tenazmente y por todas partes creía verme asaltado de salvajes. Al amanecer del quinto día eché una mirada en torno buscando algún coloso vegetal que me sirviera de refugio; pronto lo hallé, y ya escondía mi mochila aún bien surtida bajo un chaparral, cuando observé una sombra oscura que se proyectaba en mi derrotero. Aguardé á que apareciera la aurora para poder, á sus luces, darme cuenta exacta de la sombra aquella. Minutos después ví, con no poco asombro, elevarse obstruyéndome el paso, una muralla de rocas perpendiculares; no eran muy altas pero sí de imposible acceso por su forma enhiesta y lisa. Comprendiendo que por allí no vendrían indios pues debían conocer ese obstáculo al pasaje, me adelanté ya más animado y, costeando la roca, emprendí viaje en sentido Norte, con la esperanza de hallar paso franco para seguir mi rumbo al Este. Después de caminar cosa de una hora, viendo que la barrera no cedía, volví sobre mis pasos, andando largo rato al Sur sin que el obstáculo cediese. Sintiéndome ya cansado, medio rendido de fatiga sentéme al pie de la rocosa cordillera para comer algo. La buena Ester surtió mi saco con abundancia y, como ya dije,—aún sobran viandas; si bien fiambres, la carne y huevos duros no estaban para despreciarlos. Después de ese refrigerio, como ya el sol estaba en el cénit y hacía mucho calor, me dió sueño; recosteme contra unos matorrales que arraigaban al pie del risco, con deseo de dormir. Apenas iba conciliando el sueño sentí á mi espalda un ruido como de piedras que caen. Oír ese ruido y pararme de un salto, cuchillo en mano, todo fue instantáneo. ¡Oh! exclamé, venderé cara mi vida! Esa escena fué un poco quijotesca. Allí, donde no había más que el desprendimiento de unas piedras, creí habérmelas con una horda sanguinaria..... Pronto, reaccionando, volví de mi pánico. Examinando el sitio donde me había recostado, comprendí que el peso de mi cuerpo fué el que hizo rodar un par de piedras de la especie

de pequeña pared, que habíame ocultado el matorral. Entonces comencé á quitar piedras, haciendo un hueco bastante capaz para dar paso á una persona. Asomándome, para observar, ví que el terreno, como de dos metros de ancho, se prolongaba en ligera pendiente perdiéndose en la obscuridad. Al instante pensé que aquella perforación podría continuar por todo el ancho de la roca y, siendo así, me daría paso á terreno libre. Esta idea consoladora me animó mucho; y, como para seguir adelante necesitaba luz, eché mano á los primitivos utensilios que me dió Ester, para hacer lumbré. Hice, pues, funcionar el molinillo y pronto lanzando chispas encendió unas hojas secas que había yo colocado en la pequeña plataforma del sencillo aparato. Ahí encendí una de las velas de tártago que produjo ténue pero clara luz. Entonces, cogiendo mi mochila, entré resueltamente comenzando á bajar una especie de callejón, encendiendo de rato en rato otra de mis velas, pues el aire encajonado que venía de abajo, las consumía pronto. Después de caminar cosa de diez minutos, oí un ruido sordo como de gran corriente de agua; sin duda en las inmediaciones deslizaba su corriente un río. Seguí descendiendo, y á poco ví delante una gran pilastra blanca, comprendiendo al punto que era una alta estalagmita situada cerca de la boca del callejón. Bajé corriendo y entré en esta admirable gruta. Viendo que al otro extremo se abría en la roca una puerta natural, me fuí hacia ella, saliendo á este hermoso vallecito donde ahora estamos. Comenzaba á recorrerlo cuando oí un ruido como de gran lucha. Acerquéme cauteloso escondiéndome tras el grueso tronco de un frondoso vegetal, presenciando desde ahí, la brava contienda de dos machos cabríos que furiosamente se batían á muerte. Guardeme de abandonar mi escondite, porque un fuerte testuz de esos bravíos animales, asestado al pecho, es muy capaz de quitar la vida á cualquier hombre. Terminada la lucha, uno de los rumiantes gladiadores, cayó á tierra muerto y el otro moribundo, se arrastraba por el suelo. Entonces me acerqué y, con mi cuchillo, terminé de un golpe su agonía. Seguí adelante registrando este oasis y por tres veces volví á ser espectador oculto de esas sangrientas contiendas entre chivatos; así es que me ví en el caso de matar todas esas bestias montaraces, que no pueden sufrir compañeros. La lucha es por el celo de las cabras: indómitos sultanes, no admiten otro macho en su serrallo. Había en la cañada como una veinte barbonas y muchos cabritillos. ¿De dónde procedía ese rebaño? Bien pudiera ser autóctono, puesto que la Ciencia nos dice, demostrándolo ple-

namente, que los átomos impalpables forman agrupaciones moleculares, microscópicos organismos, que, por medio de la evolución efectuada durante millares de años, pueden convertirse en seres de todas formas y tamaños. Pero atendiendo á que la entrada de la Gruta estaba cerrada por una pared que no pudo construirse por sí misma, hube de reconocer allí la mano del hombre. Sin duda en alguna época más ó menos remota habitó aquel sitio uno ó más individuos que bien pudieron acompañarse de una pareja de cabras con objeto de que su leche les sirviera de alimentación. En tal caso, él ó los moradores al partir de la cueva, tapiaron la entrada quizá con idea de volver un día... Esta suposición era verosímil. De todos modos, comprendí que no me era dable averiguar la certeza del hecho y no volví á ocuparme del asunto, quedándome tranquilo respecto á las costumbres del sér ó los seres que antaño allí vivieron, que no fueron caníbales, pues á serlo hubieran devorado toda la manada. Después de examinar la extensión y todos los rincones del vallecito, comprendí que este sitio, si bien muy bello, constituía una verdadera prisión para mí; á no ser que volviendo atrás y subiendo el callejón, saliera al campo por donde mismo entré. Eso no lo haría; porque estando obstruido mi itinerario en dirección Este, otra dirección podría conducir-me á caer en poder de feroces salvajes. Dime pues á registrar la Gruta en todos sentidos, notando que al otro extremo, frente por frente de esa puerta natural, el piso formaba declive; bajé la rampa entrando en el pequeño túnel que conoces. Ahí ya se distinguía, sin lugar á duda, el rumor de una gran corriente de agua. El túnel desembocaba en un pequeño espacio circular cuya pared de tierra y casquijo fuéme fácil horadar con mi cuchillo labrando los tres escalones que conoces. Subiendo, senteme á la orilla del ancho río, examinando con toda atención, la opuesta margen que, aunque distante, claramente se podía observar. La ribera formada por altas y escarpadas rocas, no presenta rastro alguno de vegetación ni menos de habitación humana. Sabía nadar muy bien, y no hubiera vacilado en lanzarme á las aguas á saber si por allí cerca vivían gentes vestidas; pues lo que es hombres desnudos... éranme muy sospechosos y no quería topar con ellos. Desde ese día tracé el plan de mi futura conducta, éste era: quedarme en la Gruta, puesto que no tenía camino seguro para salir de ella: todas las tardes subiría al río, me sentaría á su orilla mirando atento el opuesto lado á ver si descubría la silueta de algún viandante y llamarlo por señas, arrojarle al río, y, á nado, acercarme al sujeto y ro-

garle que me diera auxilio para poder continuar mi viaje. Todos los días cumplí esa mi disposición, sin que jamás, en tan largo lapso consiguiera divisar persona alguna en la opuesta ribera. Al volver á la Gruta lo primero que hice fué fabricar un camastro de varas, rellenándolo á guisa de colchón, con musgo y hojas secas. Enseguida hice funcionar mi máquina ígnea encendiendo fuego para calentar el almuerzo. Las tortas de maíz, ya duras como suela, remojé-las en el arroyo poniéndolas en seguida inmediatas á la lum-bre; así quedaron tiernas: la carne, dada vueltas sobre las brasas quedó á punto para comer. Después de satisfacer á mi imperioso estómago que á gritos me pedía algo que dige-rrir amenazándome de muerte si no le obedecía, fuíme á reco-ger higos, de los que había gran abundancia por contener la cañada muchas higueras. Estaban tan maduros que ya comenzaban á pasarse, en cuyo estado de sazón, tiene el higo un sabor exquisito. Una regular cantidad de esa fruta, re-mató mi primera comida en la Gruta. En mi camastro pasé muy bien la noche. Al día siguiente traté de entablar amis-tad con la cabra mocha. Al efecto le dí de comer á la mano un hacecillo de buena yerba; la dí repetidas veces suaves pasadas por el lomo y tomando su gran ubre repleto de le-che, comencé á mamar de él sin que el rumiante hiciera caso de tamaño atrevimiento. Mi desayuno fué, pues, exquisito. Después fuíme preciso desempeñar el oficio de carnicero desollando las ocho reses muertas el día anterior para apro-vechar las pieles, pues la carne del chivo adulto, si bien co-mestibles, tiene mal sabor. Algunas horas duró esa des-agradable faena. Descarnando muy bien esos cueros los su-mergí en el riachuelo, trabándolos con piedras; y ahí que-daron en remojo hasta el siguiente día. Como quiera que los pequeños cabritos, ya adultos, no se avendrían á vivir socialmente con sus congéneres, comencé desde luego á matar algunos; y esa carne sí es sabroso alimento. Un le-jano recuerdo de mi infancia me animó á emprender la ce-rámica. Yo había visto, allá en mi patria, unas mujeres que amasaban barro dándole después diferentes formas; así fá-bricaban ollas, platos, tazas y otros utensilios, secándolos después al sol y por último, poniéndolos apilados, los so-metían al fuego de una gran hoguera. Esa, mi infantil ob-servación, me fué muy útil en mis actuales circunstancias, porque yo nada entendía del arte del alfarero. Pero la ob-servación, raíz de todos los conocimientos humanos, asis-tióme solicita desde mi edad temprana. Comencé, pues, mis trabajos en cerámica, guiado por el recuerdo de las mu-

jerés aquellas, viendo que, después de la cocción, la cosa salió muy bien. A los pocos días era dueño de esa fina vajilla en que hemos comido, y además de un gran candil para recipiente del sebo derretido de las reses, que, introduciéndole gruesa mecha de retorcidas hebras de cabulla, sirvióme para iluminar mis veladas solitarias. Después de esos trabajos, quise hacerme tejedor, emprendiendo esa tarea con las hebras de cabulla que preparé en gran cantidad. Mi telar consistía en un cuadrado de cuatro varillas bien sujetas en sus ángulos. Trataba de tejer algunos lienzos: aunque fueran muy bastos, podrían servirme de mucho auxilio. ¿Quién sabe cuánto tiempo tendría que vivir lejos de todo ser humano, careciendo de cuantas comodidades nos brindan los centros sociales? Las pieles bien extendidas al sol, en pocos días estuvieron secas, ya servibles para emplearlas en lo que se me ofreciera. La olla más grande hizo su debut derriendiendo el sebo de los chivatos que, ya frío, guardé en panes para que á pedazos fueran surtiendo mi candil. Para hacer la tela de cabulla hice un gran ovillo atando las hebras con nudos de sedero: éste era el urdimiento que fuí arrollando en el telar poniendo las hebras muy juntas. Después vino la trama, trabajo más detenido; pero con paciencia perseverante á cualquier trabajo se da cima. El día que terminé mi primer lienzo quedé tan contento como si fuese un precioso tesoro: la tela era basta, pero sólida. De las pieles me hice dos sacos forrados con esos tejidos, pues mi constante y diario trabajo pronto me proveyó de varios paños de cabulla. ¿Me preguntarás cómo pude coser esas prendas y, sobre todo, cortarlas? A eso te diré que la necesidad es madre de la industria. Nunca supe el arte de sastrería y sin embargo, érame preciso practicarlo. Puse una piel en el suelo, con el pelo hacia abajo: con un carbón tracé la espalda y con el cortapluma, fuí cortando por la línea trazada. Con otra piel formé la delantera dejando apenas una abertura para sacar la cabeza. Las mangas fueron trazadas y cortadas por el mismo procedimiento, y los forros los hice más estrechos para dejarlos con su costura propia, independientes de las pieles: formaban una especie de camisa. Como no tenía aguja, hice con la punta del cortaplumas, muchos agujeros en las orillas de las piezas y las fuí uniendo con un torzal de cabulla, punto acá punto allá, formando la costura una especie de randa. De este modo me confeccioné dos vestidos de pieles. También hice esa especie de borceguíes que uso, pues en previsión de que un día pudiera salir de este sitio, guardé mis vestidos de hombre civilizado para no presentar-

me vestido de salvaje entre gentes racionales. Aquí tienes, querida niña, el relato de mi vida, mi modo de vivir, durante el lapso de casi cinco años que he pasado en este sitio. Todos los días, sin faltar uno, me he sentado un rato en la ribera sin que jamás en la opuesta haya columbrado ni rastro de persona ó animal. Aquí he vivido bien sin faltarme nada para alimentación, y como los productos de mi hacienda son muy sanos y nutritivos, me he conservado fuerte y sano. Sólo el recuerdo de Ester, de aquella intrépida señora que vive rodeada de salvajes, esperando mi prometido auxilio, me ha hecho anhelar la salida de esta Gruta; faltándome ese gran móvil, yo hubiera deseado acabar mis días en este bello, pródigo, solitario sitio. Tu ingreso en mi **casa** cambia por completo la situación. Vamos á trabajar por nuestro regreso á la vida civil.

---

---

---

## CAPITULO XXIX

### LA VUELTA A MIRAFLORES

—¿No podré ayudar yo en esos trabajos?

—Sí, hija mía; ayudarás mucho.

En seguida entraron en la Gruta para condimentar sus viandas. Estas eran abundantes: carne asada, queso frito acompañado de fruta pasada; pepinos ó higos chumbos, fruta bien madura, refrigerante y sabrosa, terminando con sendas tazas de espumante leche. Terminada la comida y limpieza de trastos, dijo el Espíritu á la joven.

—Ahora, hija, vamos á trabajar de firme para nuestro rescate. Y puesto que tú quieres ayudarme, toma este manojo de cabulla: mételo en el arroyo y con un palo, vapuléalo sin misericordia. Ese aporreo suavizará las hebras y así será fácil manejarlas. Mientras tú desempeñas esa faena, yo voy á cortar dos palos gruesos para labrar los remos, cosa enteramente necesaria para guiar la almadía que voy á construir. Conque, buen ánimo, y manos á la obra.

Armida se llevó al riachuelo la cabulla, practicando las instrucciones de don Alberto; pronto apareció éste trayendo á rastros dos palos gruesos y en seguida comenzó á devastar. Este trabajo sería largo por carencia de herramientas apropiadas para realizarlo pronto; pero con voluntad y esfuerzo se terminaría. Armida regresó con su ya macerado manojo; sentóse sobre el montón de yerba seca, que envuelto en un paño, á modo de cojín usaba, preguntando qué debía hacer. Don Alberto tomó un manojito del grueso de un dedo, le dió un nudo al extremo y comenzó á formar una trenza de tres ramales, apretando algo para darle consistencia. Apenas había largo de un medio metro ató el cabo á una piedra: iba á seguir trenzando, pero Armida le quitó el oficio de la mano diciendo:

—Ya sé, ya sé; eso es como la trenza que hacemos en el pelo; es cosa muy fácil: ¿y ése es mi trabajo?

—Sí ¿pero sabrás añadir hebras cuando falten?

—Ya lo creo! haré como las señoras que tienen el pelo corto y van uniendo al propio otro postizo, simulando muy bien una gran trenza, porque los pegados están hechos con tal artificio que no se conocen.

—Ya conozco que sabrás desempeñar á conciencia tu cometido: aunque fácil, el trabajo no es poco: habrá que tejer talvez doscientas varas de cordel; figúrate que el andamiaje de nuestra almadía será asegurado por medio de esa trenza. Ya vez que tu obra quizá es la más importante de nuestra faena....

—¡Ah, no! interrumpió ella, los remos es lo prominente.

—¿Sin la embarcación? dijo el otro sonriendo al considerar que donde dos se reúnen aparece pronto la discusión; en este caso resultaba provechosa para activar los trabajos. Armida con sus blancas manos trenzaba y ponía postizos rápidamente, mientras el Espíritu con filoso cuchillo daba forma al remo.

Acercábase la noche y hubo de trasladar á la Gruta el improvisado taller de carpintería y cordelería. Entonces funcionó el gran candil de barro lleno de sebo. La gruesa mecha destellaba espléndida luz repercutiendo en la blanca fantástica arquitectura de aquel sitio, daba una idea así como de cosa extraterrenal. La casi roja y larga cabellera de la joven, tendida por su espalda, brillaba como regio manto de oro: la grande y plateada barba del anciano, emitía reflejos argentíferos.... aquello era la Driada del vecino oasis, visitando al Espíritu del Río, Genio de ese encantado palacio....

Pero ¡ay! los séres inmortales no efectúan trabajos tan prosaicos! Atando su labor en torno de una pequeña estalagmita, la joven continuó su tarea consiguiendo tejer en la velada unas diez varas de trenza. Por su parte, el carpintero medio adelgazó el palo del primer remo. Consultado su reloj, vió que ya era hora de abandonar la faena; cenaron cada cual con higos pasados, queso y leche. Después diéronse las buenas noches, encaminándose á sus respectivos camastros. Don Alberto había construido el suyo inmediato á la puerta que salía á la cañada, por manera que los dormitorios quedaban á distancia, diametralmente opuestos; luego el laberinto de conos y pilastras interceptando la vista, impedía que los dos vecinos pudieran verse; así, considerá-

banse cada uno aislado en su cuarto. Al otro día, después de tomarse la nutritiva leche que formó su desayuno, dióse Armida al cálculo mental para resolver el problema del tiempo que necesitaba emplear para dar remate al trezado de doscientas varas encomendado á sus ágiles manos; pronto quedó resuelto. Si en un día había tejido diez, en veinte quedaría terminado. Ahora bien, don Alberto habíala dicho que, por su parte, atendiendo á lo exiguo de sus herramientas de carpintería, no podría alistar la madera para la construcción del esquife antes de cuatro ó cinco semanas. Con la seguridad de cumplir su cometido muchos días antes de que don Alberto terminara el suyo, díjole:

—Amigo mío; pudiera terminar mi obra antes de tres semanas; pero como la de Ud. pide más tiempo, puedo disponer de un par de días para componer mi falda desgarrada y al salir de este sitio no presentarme en Miraflores colgando guñapos. ¿Le parece bien?

—¡De perlas! Voy á proporcionarte un utensilio importante para el arreglo de tus vestidos.

Esto diciendo, encaminóse á un hueco de la roca; sacó un pequeño envoltorio y lo entregó á la joven.

Al abrirlo, se halló con una larga aguja de madera, hecha por el mismo Espíritu.

—¡Cómo! ¿Tiene Ud. una aguja?

—Sí, hija mía; me ha servido muchas veces. No la tenía aún cuando confeccioné mis sacos de pieles: la fabriqué mucho tiempo después. Los cadáveres de los guerreros machos cabríos, los enterré junto á los troncos de varios árboles de madera de construcción; y como quiera que el abono animal es inmejorable para los vegetales, éstos adquirieron en dos años una admirable lozanía. Me ocurrió cortar un pequeño gajo para observar su contestura, viendo que aquella madera era un tejido tan compacto y homogéneo, que imitaba la dureza del acero. Entonces intenté labrar una aguja con aquel palito: lo desbasté un poco y calentando al rojo la punta de mi cortaplumas pude horadar un pequeño agujero dándole forma oblonga y no redonda. Esta para mí fue obra de romanos; al fin, afinando cuidadosamente en torno del ojo y adelgazando lo más que pude, llegué á ser dueño de esa aguja que hoy te entrego. Ya que tratas de conservar tu traje para el viaje, será útil que te confecciones una enagua de mis telas de cabulla: por suerte tejí muchos paños. Dos hebras de cabulla retorcida y frotadas con sebo, te servirán como hilo: después de untadas, las pasas con un trapo y desaparece la grasa dejando flexible la hebra, propia ya para la costura.

Armida hizo un ovillo de hebras preparadas según el maestro indicó, poniendo en seguida mano á la obra. Como quiera que la costura tenía que efectuarse tal cual exigía el grueso de la aguja, con puntadas largas, antes del almuerzo terminó una estrecha falda plegada á la cintura y sujeta con trenza de cabulla. Fuese en seguida á su dormitorio; momentos después apareció estrenando, y aunque el vestido fuese asaz rústico parecía muy bien, porque la gran belleza de la joven protegía la rusticidad de la indumentaria. Don Alberto la felicitó por la rapidez con que efectuó la obra. Al momento comenzó la faena del almuerzo. Esta vez figuró el sorgo en la comida. Tostado hasta convertirse en blancas florecillas hervidas con leche, constituyó una buena sopa farinácea; los demás manjares, queso y frutas: no haque perder tiempo en variantes culinarios; necesitábase activar los trabajos de salvamento. El Espíritu continuó su remo: la joven quitó el paño roto de su fino vestido y cerró la costura cuanto al pequeño rasgo delantero, cuyo pedazo quedó en mano de Alberto. Lo dejó sin componer; allí había puesto el joven su mano, lo dejaría en el mismo estado como sagrado recuerdo. . . . La enagua fina fue doblada, envuelta en un paño guardándola con la ropa de don Alberto para el día del desembarque. Después descosió un paño de la enagua blanca, volviendo á cerralala. Con ese paño y el roto que había sacado del vestido fino confeccionó una cotona de dos telas. En la noche quedó lista y á la mañana siguiente se la puso, guardando la bonita y bien adornada que lucía, cuando fué arrastrada al río. Estaba ya provinstá para su estancia en la Gruta y para el regreso á Miraflores.

A las tres semanas los remos estaban terminados; la joven había tejido ciento sesenta varas de trenza; si no tenía las doscientas era porque no habiendo todavía necesidad de ellas, empeñóse en hacer alguna vez diferentes platos para la comida, y eso pedía tiempo. Un día de tantos quiso lucirse y confeccionó un pudín de sorgo, pedacitos muy pequeños de higos secos, queso bien picado, mantequilla y leche; todo ello bien cocido hasta tomar punto de pasta; puso en la masa un plato untado en manteca, tapó con otro y con fuego abajo y arriba, en una hora quedó á punto.

Don Alberto declaró que, con todo y haber dado la vuelta al mundo, nunca comió manjar más exquisito. A las cuatro semanas terminó el trenzado. La joven no quiso darse mano sobre mano y previo el consentimiento del Espíritu, tomó á su cargo cocer ella sola la vianda para que él no dejara el desbaste de varas, que ya había comenzado.

Aquel le entregaba la leche ordeñada; los cabritos ó pichones limpios, yéndose después á su corta de palos; ella, que jamás cocinó, inventaba nuevos modos de arreglar comida: recogía fruta, arrancaba ñame, cuajaba la leche, baciendo á veces mantequilla; en fin, la millonaria habíase convertido en una excelente cocinera.

El corte de varas pedía cuidado; habíalas con profusión en la cañada, pero debía atenderse á la mayor similitud del grueso. Durante el día se cortaba, de noche, á favor de la luz del gran candil, seguíase el trabajo en la Gruta devastando y poniendo en el suelo las varas; muy juntas, para ir dando buena forma al piso de la almadía. Cinco palos de tres metros de largo, formaban la mayor extensión que tendría el aparato. De ese núcleo central, iban gradualmente en minoría por ambos lados, descendiendo hasta medir dos metros y medio: ese era el tamaño propiamente dicho de la plataforma: el ascendente del medio, que formaba un triángulo sería el espolón que, rompiendo las ondas, facilitaría la navegación. La almadía no era posible armarla en la cueva porque el estrecho túnel no daba paso al armatoste: era preciso llevar todas las piezas á la ribera: allí se efectuaría en engranaje. Apenas terminada la plataforma provisional y visto que tenía cerca de dos metros de anchura, fuese don Alberto á la orilla del río: limpió de piedras y pedruzcos un espacio suficiente y volvióse á la Gruta para comenzar el traslado. Entre él y Armida, en poco tiempo, fué acarreada la balumba de palos; él en el brocal del pozo, ella de abajo alargándole varas, poco tardaron en depositarlas todas en la ribera. En seguida comenzó el enlace de varas por medio de las trenzas de cabulla; eso exigía fuerza de puños para ligarlas fuertemente unas á otras. Pero don Alberto tenía más vigor que el pedido para la construcción de su esquiife. No en vano se vive una vida de costumbres sanas y buena alimentación; no; ella remuneraba al individuo por medio de la salud y robustez que, generalmente, le acompañan hasta avanzada edad. Armida concretó su trabajo por medio del cordel, apretando con robusta mano. Dos horas después la sólida plataforma estaba concluida. Tratábase de ponerle un reborde de algo más de medio metro de altura. Al efecto, atáronse verticalmente tres palos por banda que fuéronse rellenando después con varas, no tan cuidadosamente unidas como las del piso: eran las bordas y nada importaría algún salpico de agua. El espolón, también asegurado por medio de la trenza, dejóse sin barandaje. Las varas verticales subían un pie de la empalizada: en las dos del me-

dio á una y otra banda, amarráronse fuertemente dos argollas formadas con trenzas redobladas y bien retorcidas: eran los estrovos que sostendrían los remos. Ya terminada, la almadía presentaba solidez y daba una remota idea de elegancia. Como en la Gruta había gran número de pieles de cabrito y una grande y sobrante de los sayos que hizo don Alberto, recubrióse el piso y aún parte de las bordas, con ellas; así se libraban los viajeros del agua que probablemente entraría por las rendijas. Todo terminado ¿qué faltaba ya? Decir ¡adiós! á la Gruta y emprender el viaje. . . . Don Alberto y la joven vistieron las ropas que guardadas tenían; aquel, desde años atrás; ella desde pocos días. Las botas, muy enmohecidas por el tiempo, tenían horrible aspecto, que él hizo cambiar por otro muy aceptable, frotándolas con cáscaras de plátano maduro. Al ver el pedazo roto de la enagua de la joven trajo al punto la aguja enhebrado con la famosa cabulla.

—Toma, hija, para que cosas ese desgarrón. . . .

—Lo he dejado así de hecho pensado: es un recuerdo que deseo conservar. . . .

—¡ Ah, muy bien! Pues guarda también esta aguja en memoria de ser ella el más difícil de mis trabajos en esta soledad.

—Se lo agradezco mucho: voy á llevarme también un lienzo de los tejidos por Ud. A papacito le van á gustar mucho ambas cosas. Refiriéndole Ud. y yo nuestra mansión y modo de vivir aquí le haremos pasar buenos ratos.

Dejaron todo en orden. Los quesos curados guardáronse en la olla grande; la fruta pasada se almaecró en otras más pequeñas tapándolas con lienzo redoblado. Los viajeros echaron un vistazo á la sonriente cañada y á sus cuadrúpedos habitantes; alzaron la vista á las bellezas arquitectónicas de la Gruta, despidiéndose al fin, no sin pena, especialmente el Espíritu, de quel sitio hospitalario que por tantos años le hospedó. Pero el adiós, no sería eterno: don Alberto volvería pronto.

Ya en la ribera, con poco esfuerzo se echó al agua el esquife. Armida sosteniendo el grueso cordel que era la espía, su compañero empujando vigorosamente, pronto la almadía se mecía en las ondas. Don Alberto, ya abordo, dió la mano á la joven que saltó ligeramente, sentándose á popa; entonces colocó los remos en los estrovos y comenzó á bogar apoyado en un palo transversal que de asiento le servía. El Espíritu, al partir, consultó su reloj: eran las doce del mediodía. La navegación efectuábase contra la corrien-

te; por suerte, las mansas aguas no oponían gran resistencia el espolón de proa que suavemente las hundía. El experto remero dejó pronto atrás la corriente central, naturalmente un poco impetuosa, navegando en sentido diagonal. situado cercano á la opuesta orilla, pues á ese lado haría el desembarco. Efectuóse el trayecto un tanto de bolina, como lo ejecutan los barcos de vela para sortear el viento, aquí sorteábanse las ondas. Armida, para atenuar un poco los rayos que desde el Zénit, enviaba el sol, tapóse la cabeza con la tela de cabulla que llevaba para mostrársela al papacito. Cuanto al marinero, cubriase con su tirolés de antaño. Ya no sería moderno, pero sí muy útil por el momento. Al cabo de largo tiempo de navegación en zig-zag, la joven lanzando una exclamación, dijo:

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! Vea Ud. el derrumbe que hizo el árbol al caer al río, arrastrándome con él á la corriente; antes no existía ahí ese ribazo; ese tronco centenario donde yo me hallaba apoyada al rugir el huracán. ¿Cómo atracaremos?

—Muy fácilmente...

Y dando el marinero tres ó cuatro vigorosos empujes, la almadía chocó contra la orilla.

—Aguarda un momento, hija mía. Voy á saltar primero para amarrar la nave.

Diciendo así, tomó la gruesa amarra que sirvió de espía y que á uno de los postes verticales estaba sujeta, saltó ligero, tiró fuertemente y amarró el cable al grueso tronco del antiguo vegetal; dió la mano á la joven que á su vez se halló en tierra firme. No sin gran emoción contempló el sitio de la catástrofe... ¿Qué había sido del joven por ella tan amado? ¿Morriría allí aplastado por el inmenso ramaje? ¡Oh! ella lo averiguaría pronto.

Viendo don Alberto que la joven estaba muy emocionada, creyó que ese trastorno provenía del contento de volver, después de cinco semanas de ausencia, á su casa, donde todos la tendrían por muerta. Propúsola, pues, descansar algunos minutos, tregua que ella aceptó, porque realmente necesitaba reponerse un poco. Un cuarto de hora después cogidos del brazo encamináronse á la casa, que, como se sabe, no estaba muy distante. Ya cerca de ella, el doméstico Matías, que casualmente pasaba por allí, hizo al verlos mil aspavientos, gritando: ¡La señora viva! y corriendo á escape tendido, entró en la casa. Allí cundió al instante la noticia milagrosa. Doña Antonia, cubierta de luto, voló á los brazos de Armida, abrazándose efusivamente.

—¡ Salvada! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por quién?

—Salvada por este caballero que me acompaña: ya te contaré todo. ¿Y papacito?

—Siempre delicado de salud.

—Vamos pronto á verlo.

Y la joven entró corriendo en el salón donde don Guillermo, medio azorado, yacía recostado en un sillón. Armida se lanzó con los brazos abiertos hacia él gritando:

—¡ Papacito, papacito! ya regresé buena y sana.

El caballero se levantó abriendo también sus brazos para recibir en ellos á su querida hija, pero no tuvo tiempo pues, exhalando un grito, cayó de espaldas: se había roto la aneurisma de la cual padecía desde años atrás. Don Alberto lo pulsó conociendo al punto que estaba muerto.

Armida desesperada creyendo ser la causa de aquella muerte instantánea, se desmayó. Don Gabriel que andaba por la hacienda visitando trabajos, al saber la noticia, ya divulgada entre todas aquellas gentes, del regreso de Armida, emprendió al escape de su valiente corcel la vuelta á casa y desmontando vió con dolor á su excelente patrón y amigo sin sentido. Obligó á doña Antonia á retirarse, temiendo, pues ya estaba en meses mayores, que aquel espectáculo hiciera abortar la próxima ambicionada **selección**. La esposa convino exigiendo que trasladaran á Armida con ella. Don Alberto alzó á la joven y llevola al aposento de la señora depositándola en el lecho de aquella. Frotando sienes, brazos y manos con bastante colonia y haciéndola aspirar un pomito de sales, pronto la joven volvió de su síncope. Apenas se dió cuenta del suceso, comenzó á llorar amargamente la defunción del excelente papacito. Reprochábase ser causa de tal desgracia con su aparición repentina.

—Nó, nó, querida mía, decía la señora—el buen caballero hacía mucho tiempo que padecía esa enfermedad mortal. En estos últimos días se había agravado: yo aguardaba por momentos el funesto desenlace que hubiera acontecido indefectiblemente sin tú aparición. No te acuses, pues, de un suceso, si bien lamentable, ajeno á tu conducta. Deploremos, sí, la muerte de ese querido caballero, tu benefactor y también el mío; pero no vayamos á creer que estaba en nuestra mano darle vida ó muerte. La aneurisma es una enfermedad terrible: jamás perdona; al romperse el vaso sanguíneo que la contiene, mata con la rapidez del rayo. Anímate: recibe resignada esta desgracia, sin duda enviada por la Providencia, que todo lo gobierna, con ulteriores fines.

La joven, oyendo esta alocución de su amiga, comenzó á calmarse dando paso á la razón que la hizo comprender no era ella responsable de la muerte del buen papacito. Con él había sucedido lo que con un vaso lleno de agua; si se le añade una gota más, desborda; quizá ella fue esa gota: su imprevista aparición, acaso hacía lo sospechar. Pero el fin del querido caballero estaba ya tan próximo que de todas maneras hubiera llegado, con ó sin sacudimiento alguno emocional. Allí no cabía más que llorar la pérdida y conformarse. Con esos mentales raciocinios Armida fue calmándose. Pero ¡qué terrible decepción! ¡Ella que pensaba entretener con sus relatos de estancia en la Gruta maravillosa, al excelente papacito...!

El cadáver del caballero fue depositado, ya con blanca mortaja, sobre una mesa cubierta con negro paño y rodeado de luces y flores, en tanto llega el rico ataud enviado á traer de la capital. Por más exhortaciones que se le hicieron, Armida no se retiró en toda la noche del salón mortuario, ni don Gabriel consiguió que doña Antonia se fuese á descansar. Las señoras, Castañeda y todo el personal de la hacienda estaban allí velando al difunto toda la noche. Don Alberto habíase ido con otro hombre á la ciudad llevándose el coche para traer el féretro. Antes de amanecer fue depositado el muerto en lujosísima caja que, cubierta de flores, colocaron en el coche. Los veladores retiráronse apresurados á vestir sus mejores ropas; todos seguirían, á pie por deferencia al cadáver, hasta dejarlo en su tumba. Las mujeres querían seguirle también, pero se les negó rotundamente el permiso.

El acto de partir el cortejo fúnebre, fue muy doloroso, especialmente para Armida, que renovó su llanto por toda aquella triste mañana. Su amiga no cesó de arengarla hasta que consiguió calmarla.

En el acompañamiento figuraban todos los indios de la ranchería. Esas buenas gentes estaban asombradas de la resurrección de la niña y de la muerte instantánea de su buen patrón, si sería aquello cosa del Espíritu del Río!! No sabían ellos que allí, presidiendo, con don Gabriel, el duelo, caminaba á pie, cerca de sus personas ignaras y supersticiosas, el tal Espíritu: á saberlo, quizá se hubieran desbandado.

La fúnebre comitiva tardó ocho horas en llegar á la ciudad. Acto continuo depositóse el féretro en la Parroquia donde se le rindieron los homenajes de costumbre. Mientras tenían lugar esas ceremonias, don Gabriel se entrevistó con

el Notario del finado, para enterarse por las disposiciones testamentarias si indicaban algo sobre la inhumación. Abierto y leído el Documento, supose que el caballero ordenaba se le enterrase en la misma bóveda que guardaba los restos de su primera esposa é hijos. Instituí a por heredera universal á su segunda esposa, doña Armida del Castillo de Soldevilla, legando á su Mayordomo don Gabriel Castañeda, la parte de la Hacienda de Miraflores, comprendida desde el Lomo Blanco á la Crucita, midiendo el terreno en cuadro, con toda la ganadería que hubiese en ese largo territorio. Terminaba con algunas mandas á sus domésticos y un recuerdo de treinta duros á cada uno de sus trabajadores.

El Notario entregó el Testamento á don Gabriel, que en representación de la viuda, lo recibió. En seguida dirigióse al templo donde ya terminaban las preces, saliendo á poco toda la concurrencia, muy numerosa; porque el honorable señor de Soldevilla, era muy conocido y estimado en la capital. Terminado el sepelio fuese Castañeda con todos los suyos, á cualquier hotel, donde les sirvieron abundante comida: habian ayunado muchas horas, sin quejarse de ello: esa pequeña hambre era como una ofrenda ofrecida á la memoria del buen Patrón.

Don Alberto y Castañeda subieron al coche dejando solamente dos caballos para tiro—hay que advertir que, por acatamiento al difunto, éste fué conducido por ocho de los mejores corceles de la finca; así que al regreso engancharon dos al coche quedaron seis libres; encargó don Gabriel, que los montaran seis hombres y que fueran al paso para que turnaran con sus compañeros, de rato en rato, la orden fué exactamente cumplida: no era día aquel para emplear faramallas. El coche iba también al paso, entrando cuatro horas después en la finca todo el séquito reunido. Antes de separarse, don Gabriel hizo saber á sus trabajadores el pequeño recuerdo que su patrón les donó: todos recibieron la nueva contestando con un "Dios se lo pague", sencilla oración, que todos los ricos debieran ambicionar. Los empleados fuéronse á descansar: los señores entraron en la casa. Las damas pidieron detalles del entierro, que les fueron impartidos íntegramente. Don Gabriel presentó el Testamento á la viuda, que al leerlo volvió á renovar su llanto; pues los grandes beneficios que recibimos no pueden menos que hacer correr nuestras lágrimas. Doña Antonia también se emocionó mucho al considerar la gran parte de terreno que el benéfico caballero otorgó á su esposo: esa donación equivalía á una hermosa propiedad de tres millas en

cuadro. Al día siguiente Castañeda, hoy propietario, llevó á don Alberto consigo para enseñarle su herencia; fueron á caballo por ser largo el trayecto. Comenzaba la propiedad en una pequeña loma de arenón blanquizco, por eso se la había bautizado con el nombre de Lomo Blanco; en esa arenosa eminencia pululaban por doquier restos de conchas, caracoles y de otros moluscos de diversas formas y tamaño, prueba fehaciente de que en remotos días, fue aquel sitio lecho de los mares. Caminando desde allí tres millas llegaron al lado de un añoso mocanero; al pie del grueso tronco elevábase una gran cruz de piedra con peana de igual materia. ¿Quién plantó allí aquella cruz?: don Gabriel no lo sabía, ni nunca lo supo don Guillermo. Algunos trabajadores supersticiosos afirmaban haber visto en noches de menguante, parada sobre los brazos de la cruz una luz fantástica.... El caso es que tenía gran respeto á la enseña cristiana, y al pasar por ella se le tributaba reverente saludo. Por no caminar más largo, los señores contentáronse con recorrer la longitud de la finca de Este á Oeste ó del Lomo Blanco á la Crucita, dejando para otro viaje recorrer de Norte á Sur el gran cuadrilátero que formaba la heredad. No obstante, don Alberto pudo hacerse cargo del valioso terreno, viendo el gran cafetal cubierto de rojas bayas ya casi en sazón: los lejanos, extensos prados, donde pastaban muchos animales, las llanuras labrantías, con sus doradas mieses y el gran número de árboles frutales y de madera de construcción que emergían por doquier. Don Gabriel dijo que mandaría á Chicago á traer una casa para situarla al pie del Lomo Blanco, donde principiaba su propiedad; así la habitación quedaría inmediata á la de Armida. Antonia tendría el mayor placer con esa vecindad. Don Alberto felicitó al propietario, dueño de tan hermosa finca, y dando por terminado el paseo volvieron á la casa.

Dos días después, sentóse el Espíritu junto á la joven viuda, diciéndole:

—Querida hija; la justa pena que en estos días te ha invadido por completo, ha cerrado mis labios impidiéndome hablarte de aquel proyecto que formé y quiero realizar. Sabes que anhelo ansiosamente tener noticia de la valerosa Ester. Ahora bien; como sin dinero á mano nada puedo hacer, como, aunque soy millonario no tengo disponible ni un céntimo, porque mi capital está en el Banco Español de Tenerife, ¿quieres tú facilitarme alguna cantidad para dar principio á esas diligencias?

—¡Oh, ya lo creo! Si todo lo que poseo es de Ud. Y

levantándose, condujo á don Alberto ante un arca de hierro, que en otra habitación estaba. Abrióla diciendo:

—Tome Ud. de ahí todo el dinero que quiera.

—Allí había no pocas talegas llenas de monedas de oro y plata. Don Alberto sacó trescientos duros diciendo:

—Con esta suma basta para las diligencias preliminares. Después cerró el arca de caudales entregando la llave á la joven; pero ésta la rehusó diciendo:

—¡Nó, nó! Déjesela Ud. para que tome de ahí las cantidades que vaya exigiendo el desarrollo de nuestro asunto: no olvide Ud. que soy su socia: Ud. será el Gerente y también el Cajero.

El caballero, dando efusivas gracias á la joven, guardóse la llave. Al día siguiente muy temprano, acompañado de un trabajador, don Alberto y el mozo cabalgando en briosos potros, corrían endemanda de la capital, salvando la distancia en poco más de dos horas. Dejando las sudorosas bestias en la primer caballeriza con encargo de darles buen pienso, fuéronse los viajeros al astillero naval donde había á la venta algunas embarcaciones de remo. Don Alberto pagó cien duros por un ligero, elegante bote pintado de blanco con ancha franja azul; tenía cuatro remos y era muy capaz para conducir ocho ó diez nautas; hizo poner en la popa, con grandes letras doradas, el nombre "Céfiro", que destacaba muy bien sobre la cinta azul. Dejando la navicilla en el taller hasta después, dirigióse á otro de ropas confeccionadas donde compró cinco vestidos completos, para mujer; desde la chaquetilla, falda, ropa interior, hasta las medias y zapatos, un par de batidores y peines, un frasco de perfume, jaboncillo, papel, plumas y tintero. En la dependencia de quincallería, que tenía el almacén, proveyóse de gran número de gargantillas doradas y plateadas, muchas sortijas con relucientes piedras, todo ello falso, pero brillante; asimismo compró un surtido de agujas, dos paquetes de hilo, y volviendo á la tienda agregó á las compras una pieza de lienzo y algunos pañuelos. Ya hecho el fardo conteniendo esas mercaderías, encaminóse á otro establecimiento á surtirse de dos frazadas y media docena de sábanas, terminando la compra unas cuantas toallas. Como en el primer almacén, las mercancías quedaban allí hasta que el dueño las reclamara. En seguida don Alberto y su compañero fuéronse á un puesto de carros de carga, contratando el más grande que sería tirado por seis mulas. Ese carro era para la conducción á Miraflores del bote "Céfiro". El contratista dijo al conductor que se fuese con su carro al almacén naval

y allí le esperase una hora. Cosa que el carretonero, sin oponer objeción alguna, hizo al pie de la letra. Entonces don Alberto condujo al primer hotel que halló á mano, al trabajador pagando un buen almuerzo que en seguida le fué servido. Cuanto á él, quiso antes de comer afeitarse, pues el día del entierro no tuvo tiempo ni gusto para verificarlo. Ya rasurado el caballero, quitándose su larga y plateada barba, quitóse á la par más de diez años de encima. Ahora parecía un hombre de mediana edad, alto, robusto, de buen color y hermoso aspecto; el bigote lo mismo que la ondeada cabellera, apenas exhibían algunas blancas hebras. El sujeto parecía realmente otro; así fué que, al regresar al hotel, el mozo, que aún sorbía su café de postres, quedósele mirando como si no lo conociera. Pronto volvió de la sorpresa al decir don Alberto:

—Creo que Ud. me desconoce un poco: todo el cambio consiste en que me quité las barbas, que casi me cubrían el rostro; ahora le parezco más joven.

—Así es, señor; más joven y más galán.

Don Alberto saludó al compañero, y pidió para sí un frugal almuerzo, que en el acto le fue presentado. Al terminar miró el reloj y viendo que pasaban algunos minutos de la hora que indicó al carretonero, marchóse á toda prisa en demanda del "Céfiro". Al llegar, entre él, el mozo y muchos empleados que graciosamente prestaron el contingente de sus fuerzas reunidas, púdose trepar el bote al gran carretón; ya en él lióse bien con fuertes cordeles, y echando á andar don Alberto junto al conductor hizo detener el vehículo á las puertas de los dos almacenes donde compró las ropas y quincalla, depositando los fardos junto al bote. El carretón, tirado por seis valientes mulas, salió de la ciudad á buen paso. Montados en sus buenos caballos ya descansados pronto los dos viajeros alcanzaron el armatoste. Por cortorato don Alberto siguió el paso de las mulas para examinar si el trote aflojaba las amarras del "Céfiro"; pero observando que estaba bien sujeto, dijo al conductor que mandaría de la hacienda un hombre que lo guiara allá; cosa, contestó el carretonero, inútil, porque él conocía muy bien Miraflores por haber trabajado allí años atrás. Entonces don Alberto y el mozo, partieron al galope llegando antes de tres horas á la finca.

---

---

## CAPITULO XXX

### VISITA A LA GRUTA

Armida había dicho á don Gabriel y su esposa el proyecto que don Alberto tenía de civilizar á un pueblo salvaje, y como quiera que su viaje á la ciudad era el comienzo de gestiones sobre el asunto, aguardábasele con impaciencia aquella tarde. Al llegar hallóse con las señoras y Castañeda reunidos en el salón, y dióles parte de cuantas diligencias y compras hizo en la capital.

—Ahora bien—terminó—yo necesito un par de emisarios para enviarlos al Palenque. ¿Conoce Ud., don Gabriel, algún indio que pudiera encargarse de esa misión?

El mayordomo ó propietario pensó un poco y dándose una palmada en la frente como quien resuelve difícil problema, dijo:

—Conozco dos indios de la Ranchería que han estado en ese Palenque: allí gobernaba un Jefe muy respetado y querido de aquellas gentes. Se llamaba.... no recuerdo....

—¿Sería el Cisne?

—¡Justamente! ése es el nombre. Pero esa tribu es antropófaga.

—Era, ya no lo es.

—Pues los dos indios á quien aludo, vinieron de allí prófugos: los tenían prisioneros para comérselos.

—¿Cuántos años hace que sucedió eso, don Gabriel?

—Poco más ó menos, unos doce.

—Pues bien; en esa época todos aquellos salvajes eran caníbales. Pero desde que el Cisne raptó á la española Ester y la hizo su esposa, por influjo de esa valerosa señora, la horrible costumbre fué totalmente abolida, y aunque ese buen Jefe ya murió, á la hora postrera de su vida convocó su pueblo, haciéndole jurar que reconocería por legítima

sucesora y **Jefa** de la tribu á su esposa. Todos hicieron el sagrado juramento y obedecen y respetan á Ester, porque ella tiene el poder de hablar con el querido Jefe muerto.

Aquí refirió don Alberto la estratagema de que se valía Ester para contener cualquier insubordinación de sus gobernados.

La rareza del método empleado por la **Jefa**, causó tal efecto, que los circunstantes, apesar del reciente duelo, no pudieron dejar de reir, admirando al mismo tiempo el gran arrojo y valentía de aquella extraordinaria mujer.

Don Alberto, deseoso de no perder momento, suplicó á Castañeda le condujese á la Ranchería. El día declinaba, pero aún concedía dos horas de luz, tiempo suficiente para arreglar el asunto aquella misma tarde. Fuéronse, pues, en demanda de los ranchos. Ahí estaban reunidos todos los indios por dejar siempre el trabajo con horas de día. Don Gabriel presentóles al Espíritu, diciendo que fué el señor que salvó á la niña, tan querida por ellos.

Todos, sin sospechar que aquel guapo caballero era el llamado por ellos Espíritu del Río, se acercaron á él con mil demostraciones de agradecimiento terminando, hombres y mujeres, por besarle la mano.

—Ahora, amigos— dijo don Gabriel—este caballero necesita dos hombres de aquí para enviarlos á un Palenque algo distante, á llevar una carta. ¿Cuáles de Uds. quieren ir?

—Yo, yo—dijeron simultáneamente todos.

—¿Ande queda ese Palenque?—preguntó uno.

No sé como se llama el lugar, pero Raimundo y Secundino lo conocen. ¿No vinieron Uds. dos aquí, hace años huyendo de un pueblo antropófago?

—Sí, señor—dijeron los aludidos.

—Pues a ese Palenque es donde hay que ir á llevar la carta.

—¡Tatica Dios nos valga! ¿Antoce el señor quiere que nos coman allá?

—No, amigos—dijo don Alberto—yo no mandaría á ese pueblo ningún hombre, si todavía se comieran allí. El Jefe, que Uds. sabrán como se llamaba....

—Sí señor, lo nombraban el Cisne, porque era bonito, pero comía gente....

—Sí; pero Uds. no saben que tres años antes de morir—porque ya murió—se casó con una mujer blanca y ella consiguió que el Jefe aboliera esa costumbre feroz. Todos obedecen hoy á la viuda y la reconocen por su **Jefa**, como la llaman: ya no hay nada que temer y si vais allá vol-

veréis sanos y salvos. Uds. Secundino y Raimundo, sois los que conocéis el lugar, pero pueden ir dos ó tres compañeros más, todos iréis armados por siuviéseis un mal encuentro con otras gentes, no con las del Palenque, pues con esas no correréis peligro alguno.

—Antoce ¿tenemos que pasar el río á nado?

—No, amigos; yo tengo canoa para pasarlo. ¿Con que iréis?

—¿Y cómo le negamos nada al que salvó la vida á nuestra querida niña?

—Pues bien; mañana temprano os espero allá en casa porque yo navegaré con vosotros un buen trozo de río. Vamos á estrenar una bonita embarcación: ya veréis que bien corre aguas abajo.

Concertado el plan, los señores volvieron á casa, á tiempo que llegaba al gran portón de Miraflores, el carretón con el "Céfiro" y demás carga.

Con auxilio de muchos braceros apeóse, llevándolo en seguida á orillas del río. Don Alberto cortó la amarra de la famosa almadía, que con tanto trabajo fue fabricada; ya sin freno alguno que la sujetara, navegó libremente, por su cuenta y riesgo, perdiéndose de vista poco después.

No son pocas las personas que, imitando á ese débil esquiife, rompen las salvadoras amarras de la vergüenza, surcando á su albedrío, las procelosas ondas de albañales pestíferos....

El "Céfiro" se botó al agua, quedando sujeto con sólido cable al grueso tronco del árbol mutilado. Al retornar á la casa, cenaron algo, y de sobremesa don Alberto expuso su plan. Iría con los indios hasta la Gruta. De allí seguiría buen cuidado de tapiar con piedras desde que llegó y se hizo con ellos callejón arriba para abrir la entrada que él tuvo cargo de la necesidad que tenía de habitar aquel sitio talvez por mucho tiempo; era preciso parapetarse por temor de una invasión salvaje. Después de darles paso franco aguardaría en la antigua morada la vuelta de los emisarios, que no podría efectuarse quizá en menos de tres días.

—Pues yo voy con Ud.—dijo Castañeda—. Quiero conocer esa Gruta encantada y sus fructíferas dependencias. ¿Me admite Ud. á bordo?

—Con el mayor gusto.

—¡Ay!—dijo Armida—si viviera papacito, ahora que hay cómoda embarcación, él iría á visitar aquella cueva de tan rara construcción.

—Hija mía, si las almas son inmortales, como debemos

creer, bien pueden ver desde allá lo que no han podido ver aquí, porque el espíritu no reconoce fronteras.

—Así sea—terminó la joven.

Aquella velada, doña Antonia preparó un buen surtido de viandas llenando un canasto en que no faltó el café molido, la cafetera y el azúcar, algunas velas, fósforos, una linterna para alumbrarse en el callejón que, de la Gruta, salía al campo, y dos frazadas para los dos viajeros que pasarían en la cueva una ó dos noches.

¡Oh! La civilización proporciona grandes ventajas!

¡Lástima que muchos entes, con su pésima conducta, la conviertan en mística!

Al otro día muy temprano llegaron los dos indios conocedores del Palenque acompañados de otros tres; por lo visto tenían miedo. Todos iban armados de grandes y bien filosos cuchilos. ¡Guay del que los acometiera!

Antes de emprender el viaje transcribiremos la carta que don Alberto enviaba á Ester.

“Señora doña Ester v. del Jefe “Cisne”.

E. S. M.

Mi muy estimada señora:

Sin duda Ud. habrá creído que ya no pertenezco al número de los vivos, pues habiéndola prometido bajo palabra de honor, volver pronto á socorrerla en la difícil precaria situación en que Ud. se hallaba, ni he vuelto ni ha tenido noticia alguna de mí en el largo tiempo transcurrido desde que tuve el honor de conocerla. Por una serie de circunstancias, que por ahora omito—por ser larga la explicación, pero que sabrá Ud. á nuestra vista—he vivido casi cinco años en una gruta donde nada me faltó para mi subsistencia, si bien faltábame la libertad y medios de acción para salir de aquel encierro. Por una casualidad providencial me hallo hoy libre y cuento con todos los medios para auxiliar á Ud. No aguardo más que su contestación á ésta, para marchar á España: recoger allí mi capital y regresar en seguida á realizar mi proyecto de civilizar ese pueblo salvaje.

Reciba Ud. esas pocas ropas que la envío para cubrir la forzada desnudez de Ud. y Mariquita, la que hoy estará convertida en una joven. La quincallería es para que la distribuya entre las indias como primicias de las muchas cosas que más tarde les traerán las gentes de abajo.

Queda aguardando con impaciencia la contestación de Ud. S. Atto. S. y amigo Q. B. S. M.,

Alberto Sorel.”

Los caballeros despidiéronse de las damas por dos ó tres días, dirigiéndose con los cinco indios, paquetes y provisiones, al embarcadero. Entrando en el bote largóse la amarra y al funcionar los cuatro remos lanzóse el "Céfiro", como una flecha, corriente abajo. Todos los indios sabían bogar bien, porque en tiempos de su tapa-rabo tuvieron canoas; así fué que en menos de media hora llegaron frente á la Gruta. Ahí don Alberto mandó hacer alto. Los buenos indios quedáronse admirados y un tanto sobrecogidos: allí, en aquel sitio, era donde ellos habían ispiado al Espíritu del Río... ¿Estaría por ahí cerca? ¿Quién sabe! No hubo tiempo para más reflexiones, porque Sorel, saltando á tierra, atracó bien el bote sujetando la amarra á una gran piedra. Después bajó al pequeño pozo siguiéndole todos no poco sorprendidos, pasaron el corto túnel entrando por fin en la cueva.

—¡Admirable, admirable! ¡Magnífica y extraña arquitectura! dijo don Gabriel.

—¡Tática Dios nos favorezca!, exclamaron los indios. ¿Onde estamos?

—En el palacio del Espíritu del Río, dijo Sorel sonriendo.

Ellos, espeluznados, cambiaron de color.

—No hay que asustarse amigos. Ese Espíritu del Río, soy yo, y ya veis que soy un hombre.

—¡Cómo, señor? Si el que nosotros ispiábamos de lejos era un viejo con tamañas barbas blancas.

—Pero en esta cueva yo no tenía con qué cortarme la barba. Apenas salí de aquí me rasuré, ya veis que aunque soy la misma persona ya no soy el viejo de las barbas blancas. Si vosotros, creyéndome un hombre, me hubiérais dado auxilio, pude haber salido de aquí hace mucho tiempo.

—¡Ah señor! dijo el más sesudo—fue bueno que Ud. no saliera de aquí, porque si no estaba no podía salvar á la niña, cuando se la llevó el río.

—Tiene Ud. muchísima razón: Dios sabe lo que hace.

Después de admirar la Gruta, salieron á la cañada. Don Gabriel alabó aquel sitio encantador, viendo en él lo que realmente era; una maravilla natural. A los indios no les llamó la atención, pues como desde que vienen al mundo se hallan rodeados de los más bellos paisajes, no saben apreciar su grandeza. Les gusta y admiran mucho más, cualquier objeto de quincallería, trapos de colores vivos ó cosas por el estilo, que cuantos grandiosos panoramas exhibe la Naturaleza.

El sentido estético no es innato en el hombre; pero sí el supersticioso: circunstancia de que, en todo tiempo, han sabido aprovecharse los de más desarrollado cacumen para dominar á las masas ignaras y explotarlas cómo y cuando han querido.

Don Alberto, tomando del bazar unas cuantas tazas de su fina vajilla, llamó á la cabra Mocha, que acudió saltando en señal de alegría por volver á ver á su dueño: la ordenó y fué repartiendo la rica leche á todos los huéspedes. Eso sí lo admiraron los indios, pues no conocían sino la leche de vaca: lo mismo les pasó con la Gruta, porque jamás soñaron cosa igual. Hay que advertir que los indios de la Ranchería ya estaban un tanto civilizados: conservaban la superstición porque para extirpar ese sentimiento primitivo necesitase mucha instrucción—que ellos no tenían, pero ya no les causaban asombro unas cuentas de vidrio ó un pedazo de cristal roto, como les pasa á los salvajes propiamente dichos.

—El arte está atrasado por acá, dijo Sorel, pero creo que la leche no perderá su rico sabor por servirla en escudillas tan primitivas.

—Así es en efecto, repuso Castañeda. ¿Esta cerámica la fabricó Ud.?

—Sí, señor; lo mismo que estos lienzos de cabulla.

Y tendiendo uno en el suelo llenólo con plátanos, pepinos é higos pasados, añadiendo dos quesos curados y cinco panecillos de los traídos de Miraflores; ató el paño y entrególo á un indio.

—Ahí va algo para que comáis de camino: si os parece poco, llevaos también alguna fruta fresca de la mucha que hay en la cañada.

—No, señor, si con esto tenemos de sobra. Esta tarde mismo llegaremos allá.

—Eso no puede ser: es lejos.

—Si acaso serán unas ocho leguas ó poco más...

—¿Y andáis todo eso en el día?

—Sí, señor; estamos acostumbrados desde chicos á correr por la montaña atrás de los venados.

—Entonces volveréis aquí mañana en la noche.

—Si esa **Jefa** no demora nuestra vuelta...

—Nó; los despachará muy pronto.

Los indios repartieron los bultos que no alcanzaron para todos: turnarían en el viaje.

Don Alberto encendió la linterna y, seguido de su estado mayor, subió el oscuro y largo pasadizo. Poco des-

pués la luz que penetraba por los intersticios de la pared les anunció que habían llegado. El guía extrajo algunas piedras, el campo espléndidamente iluminado por un sol de estío, apareció á la vista.

—Hasta después, señores—dijeron los indios.

—Por aquí entraréis: no cerramos la puerta hasta vuestro regreso. ¡ Buen viaje y pronta vuelta! Y los peatones, á medio trote, emprendieron la caminata perdiéndose pronto de vista.

Al regresar á la Gruta, los señores almorzaron fiambres; pero el Espíritu, haciendo funcionar la maquinilla primitiva, encendió fuego: aunque tenía fósforos, quiso que Castañeda viese cómo él, durante tantos años, se manejó en aquel sitio solitario. Como ahora tenía café y cafetera, calentó agua y pronto quedó hecha la aromática bebida, declarando Castañeda, que nunca había tomado café tan exquisito.

Casi todo el resto del día lo pasaron los señores sentados á la sombra protectora del alto guayabo, refiriendo don Alberto, fiel y detalladamente, todas sus largas azaras aventuras, saturadas, como sabemos, de espeluznantes, dramáticos episodios. Al terminar, dijo Castañeda:

—Veo, caballero, que Ud. ha sufrido graves desgracias y disfrutado muy pocas alegrías en su vida. Yo espero que antes de terminar sus días, gozará Ud. algún tiempo de venturosa felicidad. Ud. piensa realizar un grandioso proyecto: si da cima, como creo, á esa benéfica empresa, ya tiene Ud. su dicha asegurada, porque el bien lleva la recompensa en sí mismo.

En estos y otros varios discursos pasaron el día. Comieron fiambres, añadiendo don Alberto leche cocida y café. Momentos después, bien arrollados en sus frazadas, tendiéndose en los camastros durmieron toda la noche como lirones. Al levantarse Castañeda, encaminóse al camastro de Sorel, creyendo que aun dormía, pero hallóle junto al fuego dando vueltas á sendas tajadas de queso curado, la cafetera llena del humeante líquido y dos panecillos ya tiernos por medio del leve frote con agua y calor de la llama.

—¡ Caramba, don Alberto, Ud. es portentoso! Lo mismo es para un fregado que para un barrido.

—¿ Ud. olvida que durante cinco años viví sólo, teniendo qué aderezar por mí mismo todos mis alimentos?

—Es cierto: en casos excepcionales, como el de Ud., el hombre puede bastarse á sí mismo.

—Lo único que me faltó como alimentación de primera,

fue el pan; por lo demás todo abunda en este pródigo sitio. Para que conozca el único cereal y la raíz empleada por mí como sustituto de alimentos farináceos, va Ud. á probarlos en el almuerzo.

Dicho lo cual fuese á los ñames, sacó una gran bola y enterrola en la ceniza con fuego abajo y arriba, tal cual le vimos hacer en tiempo que Armida habitó la Gruta. Aquel día el Espíritu, se propuso obsequiar al huésped con algo de su antiguo repertorio; mató un cabrito, á quien, por su edad tierna, pudiera dominarse recental, aunque no fuera cordero. Lo asó, dejándolo cerca de la lumbre bien acondicionado en dos trastos de su cerámica para que permaneciera caliente hasta la hora del almuerzo. Tostó unos puñados de sorgo, cuyas blancas flores guardó en otra vasija. Encaminóse á la cañada y cogió unas pocas de cada una de las frutas que allí había; á saber: bananos, unos, higos y guayabas. Entretanto preparaba esas viandas, Castañeda, registraba los vericuetos del vallecito, examinando los innúmeros nidos de palomas, viendo cómo indistintamente, mientras uno iba á buscar comida, el otro abrigaba los huevos, ó la prole reciennacida. En otra parte estaban los padres mirando cómo los hijos, ya emplumados, comenzaban sus conatos de vuelo. Estas escenas le gustaron mucho al caballero; proponíase, cuando tuviera la casa que mandaría traer, pedirle á Soral—pues lo consideraba legítimo dueño de la Gruta y sus dependencias—unos cuantos cazales de aquellas preciosas avecillas, fiel trasunto de la fidelidad, para formar un palomar inmediato á la nueva habitación. También pediría un chivo y unas cuantas cabras: no las había en Miraflores; formaría un buen corral. Parecía esa leche mejor que la de vaca; más espesa: luego la gran ventaja de que esos cuadrúpedos no necesitan de hijo para dejarse ordeñar, lo cual no es poca comodidad, porque la traída y vuelta á encerrar del ternero es cosa bien molesta. ¡Nada! quedaba resuelto: palomar y corral—porque ¡es claro! don Alberto daría su venia... Luego Antonia quedaría contentísima con la posesión de esos volátiles y rumiantes. Haciéndose esas reflexiones volvíase á la cueva, cuando vió á don Alberto que le llamaba á comer. Entró, quedando sorprendido de las variedad y abundantes provisiones que constituían el almuerzo.

Dos paños de cabulla extendidos á guisa de mantel estaban cubiertos de platos llenos de diferentes manjares. El cabrito, humeante, figuraba en el centro rodeado de trozos de ñame, otro plato lleno de tajadas de queso, otro

de plátanos pasados, otros dos con higos y chumbos también secos, las cuatro clases de frutas frescas estaban simétricamente colocadas en los ángulos del mantel; grandes tazas de leche y un platillo lleno de florecitas de sorgo, terminaban la lista. La cafetera con el café, arrimada á la lumbre remataría el **festín** con su contenido.

—¡Pero hombre!—dijo Castañeda—estas viandas no son las que vinieron de Miraflores.

—¡Cierto! He querido ofrecerle los manjares iguales á los que constituyeron mi alimento cotidiano durante el largo período de mi estancia en esta deliciosa prisión; y aún faltan tres variedades: palomas, queso fresco y mantequilla de cabras, llamada por los primitivos habitantes de mi patria "amola".

—Pero entonces Ud ha hecho aquí una vida sibarítica.

—No tanto, porque me faltó la afeminación y molicie. Siempre me ocupé en algo útil: el trabajo fué mi constante distracción. Esa alimentación sana y nutritiva, la paz de la conciencia y una vida de costumbres puras, han hecho de mí un hombre fuerte y robusto, sintiéndome con toda la energía necesaria para la obra que voy á emprender. Tengo dinero, suficiente vitalidad para darla cima, salvo mandato contrario de lo alto.

A la hora del crepúsculo vespertino, los dos señores provistos de linterna y del famoso candil de barro con gran mecha encendida, volvieron á subir el callejón. Junto al hueco de la roca dejaron en el suelo la linterna encendida, por si en la noche regresaban los emisarios, que no se hallaran á oscuras, ellos bajarían alumbrados por el gran mechero. Como una hora después oyeron gran ruido de pasos viendo á poco aparecer los cinco indios. Venían muy contentos por haber desempeñado con presteza la comisión. Después de los saludos uno de ellos alargó á don Alberto una carta que éste abrió en seguida, leyendo para sí:

**"Señor don Alberto Sorel.**

E. S. M.

Mi respetable y distinguido amigo:

Con gran sorpresa recibí hoy, al anochecer, su apreciable carta. Ciertamente yo había ya perdido la esperanza de tener noticias de Ud. Nunca dudé de su palabra de caballero; pero entendí que algún obstáculo insuperable le impedía á Ud. cumplirla.

Por suerte, el Palenque ha continuado prestándome obediencia, creo será debido á que de tiempo en tiempo he